



LECTIO DIVINA

VI semana del tiempo ordinario
y comienzo de la cuaresma
Del 11 al 17 de febrero de 2024



me limpias
me lavas
me llenas
me sacias...

Gracias

Oración introductoria

Jesús, te ofrezco este momento de oración. Ilumíname y dame tu amor, porque sabes que, sin tu luz, no puedo rezar. Sin tu amor, mi amor es vacío. Aumenta mi fe, mi esperanza y mi caridad.

Petición

Jesús, haz mi corazón semejante al tuyo.

Lectura del libro del Levítico (Lev. 13, 1-2. 44-46)

El Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca una llaga como de lepra, será llevado ante el sacerdote Aarón, o ante uno de sus hijos sacerdotes. Se trata de un leproso: es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza. El enfermo de lepra andará con la ropa rasgada y la cabellera desgredada, con la barba tapada y gritando: “¡Impuro, impuro!” Mientras le dure la afección, seguirá siendo impuro. Es impuro y vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento».

Salmo (Sal 31, 1-2. 5. 11)

Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación.

Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño. R.

Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; propuse: «Confesaré al Señor mi culpa», y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. R.

Alegraos, justos, y gozad con el Señor; aclamadlo, los de corazón sincero. R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 10,31-11, 1)

Hermanos: Ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios. No deis motivo de escándalo ni a judíos, ni a griegos, ni a la Iglesia de Dios; como yo, que procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propia ventaja, sino la de la mayoría, para que se salven. Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 1, 40-45)

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: - «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio», Pero, cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo, se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Releemos el evangelio

Isaac de Stella (i-c. 1171)

monje cisterciense

Sermon 11, 6-13 (PL 194, in “Lectures chrétiennes pour notre temps”, Abbaye d'Orval, 1972), trad. sc@evangelizo.org

Cristo con su esposa, la Iglesia, perdona los pecados

Dos cosas corresponden solo a Dios: el honor de recibir la confesión de los pecados y el otorgar su remisión. Por eso, es únicamente a Dios que hay que confesarlos.

El Todopoderoso y Altísimo, habiendo tomado una esposa débil e insignificante, de esta servidora hizo una reina. (...) Todo lo que es al Padre es al Hijo y todo lo que es al Hijo es al Padre, por su misma unidad de naturaleza. Igualmente, el Esposo ha dado todos sus bienes a la esposa y ha tomado a cargo todo lo que pertenece a la esposa, que ha unido a él y a su Padre. (...)

El Esposo, uno con el Padre y uno con la esposa, ha eliminado en ella todo lo que encontró de extraño, fijándolo a la cruz. Llevó sus pecados sobre el madero, destruyéndolos por el madero. Lo natural y propio de la esposa, él lo ha asumido y revestido. Lo que es propio y divino de él, lo ha dado. (...)

Comparte la debilidad de la esposa y su gemido, todo es común al Esposo y a la esposa: el honor de recibir la confesión de los pecados y el poder de su remisión. Es la razón de esta palabra: “Ve a presentarte al sacerdote” (Mt 8,4).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Un nuevo encuentro con el Evangelio de la fe, de la esperanza y del amor nos invita a asumir un espíritu creativo y renovado. De esta manera, seremos capaces de transformar las raíces de nuestras enfermedades físicas, espirituales y sociales. Podremos sanar en profundidad las estructuras injustas y sus prácticas destructivas que nos separan los unos de los otros, amenazando la familia humana y nuestro planeta.

El ministerio de Jesús ofrece muchos ejemplos de sanación. Cuando sana a aquellos que tienen fiebre, lepra, parálisis; cuando devuelve la vista, el habla o el oído, en realidad sana no solo un mal físico, sino toda la persona. De tal manera la lleva también a la comunidad, sanada; la libera de su aislamiento porque la ha sanado.»
(Audiencia de S.S. Francisco, 5 de agosto de 2020).

Meditación

¿Quién es el justo capaz de mantenerse de pie delante de Dios? Cada uno tiene sus lepras, unas más pútridas, otras más livianas. ¿Quién podrá mantener la mirada fija en los ojos de nuestro Señor? Aquel que confía en su misericordia y lava sus heridas en la Sangre del Cordero.

Ojalá nunca perdamos esa sencillez y confianza de pedir perdón y volver a empezar. El Señor ama nuestra imperfección, pues nos hace destinatarios privilegiados de su misericordia. No se trata de amar nuestro pecado de por sí, sino por sus consecuencias cuando nos dejamos limpiar por la gracia.

«Jesús, lávame si quieres». Puede que pensemos que nuestro Señor nos podría haber evitado el pecado y nos olvidamos de que Él

tampoco lo quiere. Si bien lo ha permitido, nos ofrece la redención. Sólo espera que se lo pidamos necesitados.

Reconozcamos nuestra lepra con humildad, y confiemos en que Dios nos quiere siempre, tanto cuando nos vamos como cuando volvemos. Él espera. Pidámosle que nos abra el corazón a la acción del Espíritu Santo y nos abra los ojos para reconocer su Amor, para reconocer nuestra valía y su sueño sobre nosotros.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre.

Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.

Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 12 DE FEBRERO DE 2024

Dios presente en lo ordinario.

Oración introductoria

Señor, haga lo que haga el día de hoy, que todo sea para tu gloria. No te pido señales, te suplico que envíes tu Espíritu Santo para que ilumine esta oración y me fortalezca para cumplir tu voluntad.

Petición

Jesús, dame el don de una fe viva, operante y luminosa.

Comienzo de la carta del apóstol Santiago (Sant. 1, 1 -11)

Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus en la diáspora: saludo. Considerad, hermanos míos, un gran gozo cuando os veáis rodeados de toda clase de pruebas, sabiendo que la autenticidad de vuestra fe produce paciencia. Pero que la paciencia lleve consigo una obra perfecta, para que seáis perfectos e íntegros, sin ninguna deficiencia. Y si alguno de vosotros carece de sabiduría, pídasela a Dios, que da a todos generosamente y sin reproche alguno, y él se la concederá. Pero que pida con fe, sin titubear nada, pues el que titubea se parece a una ola del mar agitada y sacudida por el viento. No se crea un individuo así que va a recibir algo del Señor; es un hombre inconstante, indeciso en todos sus caminos. Que el hermano de condición humilde se sienta orgulloso de su alta dignidad, y el rico de su pequeñez, porque pasará como flor de hierba. Pues sale el sol con su ardor y seca la hierba, se cae la flor y se pierde la belleza de su aspecto; así también se marchitará el rico en sus empresas.

Salmo (Sal 118, 67. 68. 71. 72. 75. 76)

Quando me alcance tu compasión, Señor, viviré.

Antes de sufrir, yo andaba extraviado, pero ahora me ajusto a tu promesa. R.

Tú eres bueno y haces el bien; instrúyeme en tus decretos. R.

Me estuvo bien el sufrir, así aprendí tus decretos. R.

Más estimo yo la ley de tu boca que miles de monedas de oro y plata.
R.

Reconozco, Señor, que tus mandamientos son justos, que con razón me hiciste sufrir. R.

Que tu bondad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 8, 11-13)

En aquel tiempo, se presentaron los fariseos y se pusieron a discutir con Jesús; para ponerlo a prueba, le pidieron un signo del cielo. Jesús dio un profundo suspiro y dijo: «¿Por qué esta generación reclama un signo? En verdad os digo que no se le dará un signo a esta generación». Los dejó, se embarcó de nuevo y se fue a la otra orilla.

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Calcuta (1910-1997)

fundadora de las Hermanas Misioneras de la Caridad

Un camino muy sencillo

«Para probarle le pedían un signo»

Dios está en todas partes, está en todo, y sin él no podemos existir. Nunca he dudado de su existencia ni un solo instante, pero sé que algunos lo dudan. Aunque no creáis en Dios podéis ayudar a otros a través de actos inspirados por el amor, y el fruto de estas obras serán las gracias suplementarias que descenderán sobre vuestra alma. Entonces, empezareis a abriros lentamente y aspirareis al gozo de amar a Dios.

¡Hay tantas religiones! Cada una sigue a Dios a su manera. Yo, sigo el camino de Cristo: Jesús es mi Dios, Jesús es mi Esposo, Jesús es mi único amor, Jesús es mi Todo en todo, Jesús lo es todo para mí.

Es por esta razón que no tengo nunca miedo. Hago mi trabajo con Jesús, lo hago para él dedicándoselo; por eso los resultados son suyos, no míos. Si tenéis necesidad de un guía, no tenéis que hacer otra cosa que volver los ojos hacia Jesús. Debéis abandonaros a él y confiar enteramente en él. Cuando hacéis esto, se disipa la duda y os invade la certeza. Pero Jesús ha dicho: «Si no os hacéis como niños no podéis venir a mí» (Mt 18,3).

Palabras del Santo Padre Francisco

«El encuentro con el otro es también un encuentro con Cristo. Nos lo dijo Él mismo. Es Él quien llama a nuestra puerta hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo y encarcelado, pidiendo que lo encontremos y ayudemos. Y si todavía tuviéramos alguna duda, esta es su clara palabra: “En verdad os digo, que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”.

El aliento del Maestro a sus discípulos también se puede entender en este sentido: “Ánimo, que soy yo, no temáis”. Y realmente es Él, incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con la ropa rota, con los pies sucios, con el rostro deformado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua... Nosotros también, como Pedro, podríamos sentirnos tentados de poner a prueba a Jesús, de pedirle una señal. Y tal vez, después de algunos pasos vacilantes hacia él, volver a ser víctimas de nuestros miedos. ¡Pero el Señor no nos abandona! Aunque seamos hombres y mujeres de “poca fe”, Cristo continúa tendiendo su mano para salvarnos y permitir que nos encontremos con él, un encuentro que nos salva y nos devuelve la

alegría de ser sus discípulos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 15 de febrero de 2019).*

Meditación

En nuestra vida Dios nos habla a través de hechos y palabras. Cuando hablamos de palabras nos referimos especialmente en este caso a la Sagrada Escritura, la cual siempre tiene algo nuevo que enseñarnos pues es viva y eficaz.

Seguramente hay momentos que recordamos donde hemos detectado la presencia de Dios de una manera patente, hemos sentido su intercesión extraordinaria en algo. Estos momentos son ciertamente gracias especiales que el Señor nos concede y nos habla, permitiéndonos sentir su presencia de una forma más palpable. Sin duda alguna hay que agradecerle a Dios por esto. Sin embargo, nuestra fe y relación con Dios no se han de basar sólo en esos momentos, pues nuestra vida se desarrolla en lo ordinario y también ahí, Dios se encuentra y nos habla.

En nuestra vida tenemos que estar siempre atentos al peligro de reducir nuestra fe sólo cuando vemos algún tipo de evento sobrenatural que nos hace entonces reflexionar y, por un período relativamente largo, vivir con fervor. No pasará mucho tiempo cuando al no suceder algo similar nos enfriamos y nos volvemos indiferentes y hasta dudamos del mismo poder de Dios. Este peligro es muy delicado, ya que hace que nuestra relación con Cristo se base no en su persona sino en sus obras; hace que nuestra relación con Él no sea una relación auténtica de amor.

En vez de pedirle un evento sobrenatural extraordinario debemos de pedirle más bien que nos haga sensibles a su gracia, a aprender a escuchar su voz y reconocer su actuación y su voluntad en

lo ordinario. Es bueno preguntarnos: ¿En qué se basa mi relación con Dios: en sus milagros o en sí mismo?

Pidámosle hoy a Jesús la gracia de amarlo por quien es. Su vida misma ya nos la ha dado, no hay ninguna cosa mayor que pueda ser prueba de su amor. Pidámosle: «Señor, ayúdame a percibir tu presencia en este día, a reconocer lo que me estás pidiendo y a aprender a ver las cosas como Tú las ves.»

Oración final

Señor, tú que eres bueno y bienhechor, enséñame tus preceptos. (Sal 119,68)

MARTES, 13 DE FEBRERO DE 2024

Lo simple, auténtico y consistente

Oración introductoria

Padre, Tú que todo lo sabes, ilumina mi mente para poder profundizar más en quién soy y para qué estoy hecho. Pongo en tus manos todos mis sufrimientos e inquietudes, pues sólo en Ti hay una esperanza que no defrauda.

Petición

Señor, concédeme la gracia de valorar y apreciar el milagro de tu presencia real en mi vida.

Lectura de la carta del apóstol Santiago (Sant. 1, 12-18)

Bienaventurado el hombre que aguanta la prueba, porque, si sale airoso, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman. Cuando alguien se vea tentado, que no diga: «Es Dios quien me tienta»; pues Dios no es tentado por el mal y él no tienta a nadie. A cada uno le tienta su propio deseo cuando lo arrastra y lo seduce; después el deseo concibe y da a luz el pecado, y entonces el pecado, cuando madura, engendra muerte. No os engañéis, mis queridos hermanos. Todo buen regalo y todo don perfecto viene de arriba, procede del Padre de las luces, en el cual no hay ni alteración ni sombra de mutación. Por propia iniciativa nos engendró con la palabra de la verdad, para que seamos como una primicia de sus criaturas.

Salmo (Sal 93, 12-13a. 14-15. 18-19)

Dichoso el hombre a quien tú educas, Señor.

Dichoso el hombre a quien tú educas, al que enseñas tu ley, dándole descanso tras los años duros. R.

Porque el Señor no rechaza a su pueblo, ni abandona su heredad: el juicio retornará a la justicia, y la seguirán todos los rectos de corazón. R.

Cuando pensaba que iba a tropezar, tu misericordia, Señor, me sostenía; cuando se multiplican mis preocupaciones, tus consuelos son mi delicia. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 8, 14-21)

En aquel tiempo, a los discípulos se les olvidó tomar pan, y no tenían más que un pan en la barca. Y Jesús les ordenaba diciendo: «Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes». Y discutían entre ellos sobre el hecho de que no tenían panes. Dándose cuenta, les dijo Jesús: «¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis el corazón embotado? ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? ¿No recordáis cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil?» Ellos contestaron: «Doce» «¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?». Le respondieron: «Siete». Él les dijo: «¿Y no acabáis de comprender?».

Releemos el evangelio

San Anselmo (1033-1109)

benedictino, arzobispo de Canterbury, doctor de la Iglesia

«¿Y no acabáis de entender?»

Yo no puedo ver, Señor, tu luz: es demasiado brillante para mi vista. Y sin embargo, todo lo que veo, es gracias a tu luz que puedo distinguirlo, de la misma manera que nuestro frágil ojo ve, gracias al sol, todo lo que percibe y, sin embargo, no puede mirar al mismo sol directamente.

Mi inteligencia se queda impotente ante tu luz; es demasiado brillante. El ojo de mi alma es incapaz de recibirla, y no puede soportar estar largo tiempo mirándola fijamente. Mi mirada se queda herida por su resplandor, la sobrepasa su extensión; se pierde en su inmensidad y queda confusa ante su profundidad.

¡Oh luz soberana e inaccesible! ¡Verdad total y bienaventurada!
¡Cuán lejos estás de mí y, sin embargo, me eres muy cercana! Escapas casi enteramente a mi vista, siendo así que yo estoy enteramente bajo tu mirada. Por todas partes reluce la plenitud de tu presencia, y yo no te veo. Es en ti que actúo y que tengo mi existencia y, sin embargo, no puedo lograr llegar hasta ti. Tú estás en mí, alrededor de mí y, sin embargo, no puedo verte con mi mirada.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cuando el corazón se endurece, cuando el corazón se endurece, se olvida... Se olvida la gracia de la salvación, se olvida la gratuidad. El corazón duro lleva a las peleas, lleva a las guerras, lleva al egoísmo, lleva a la destrucción del hermano, porque no hay compasión. Y el mensaje de salvación más grande es que Dios ha tenido compasión de nosotros. Esa frase del Evangelio, cuando Jesús ve a una persona, una situación dolorosa: “tuvo compasión de ellos”. Jesús es la compasión del Padre; Jesús es la bofetada de toda dureza de corazón.» *(Homilía de S.S. Francisco, 18 de febrero de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Al meditar el Evangelio y ver nuestra historia y nuestra vida, encontramos la presencia de Dios en ellas. Hoy seguimos sufriendo una enfermedad que no parece terminar, no como propósito directo de Dios, pero, de cierta forma, el dolor y el sufrimiento nos hacen voltear la mirada a Dios con un corazón contrito. Una historia se construye y en ella hay mucho dolor, pérdidas. Viviendo en la presencia de Dios, este tiempo nos permite ver que estamos hechos de barro por unas manos omnipotentes, manos eternas y amorosas. ¿Amorosas? Sí, llenas de amor porque sólo en Él encontramos el pan que nos falta, la salud que perdemos, la vida que se nos va, la compañía que necesitamos. En Él está nuestra esperanza.

Jesús, en este pasaje pide que nos guardemos, que nos cuidemos de la levadura de los fariseos y de la de Herodes. Mucho se puede decir, considerando estas palabras. Algo que ayuda es pensar en la levadura como todo aquello que nos hace sentirnos más de lo que somos. Si comparamos un pan con levadura a otro sin ella vemos que son muy diversos. A Cristo le gusta lo sencillo, lo consistente... Cuando Cristo llega a nuestra vida nos dice que tengamos cuidado de aquella cosa o persona que nos hace sentirnos más o mejor, porque Él sabe que, una vez muerto aquello, ya no parece ser tan bueno como pensábamos. Por eso, Cristo gusta de lo simple, de lo auténtico, es decir, de no querer pretender ser alguien que no somos.

En Cristo podemos encontrar esa simplicidad, partiendo de nuestra realidad de hoy; no nos fijemos en los acontecimientos que pasan, en el dolor y el sufrimiento que en sí nos hacen desconfiar del Todopoderoso. Más bien, fijemos nuestra mirada en aquello de lo que estamos hecho, de espíritu. Tú y yo no somos pura materia terrenal y finita, también nuestro origen está en el soplo divino que nos infundió el alma, un alma personal y única. Somos espíritus vivos, nuestra fuerza la encontramos en saber que somos un hijo, una hija de Dios.

Si realmente creemos en Cristo que multiplicó los panes, si en nuestra vida aún no hemos visto los canastos llenos de bendiciones y de la misericordia de Dios, difícilmente lograremos entender lo que Cristo nos quiere decir. Una cosa nos comunica: «les voy a preparar una morada, para donde esté yo estén también ustedes». Esta es la verdad, no venimos a quedarnos en este mundo, pues estamos hechos de algo más que solo barro. Somos hijos de Dios.

Oración final

Cuando digo: «Vacila mi pie», tu amor,
Yahvé, me sostiene; en el colmo de mis cuitas interiores,
tus consuelos me confortan por dentro. (Sal 94,18-19)

MIÉRCOLES, 14 DE FEBRERO DE 2024
Miércoles de ceniza, ayuno y abstinencia
Una cuaresma misionera.

Oración introductoria

Padre, te pido que me concedas tu amor en este día para ponerme en tu presencia todas las cuarenta jornadas de este periodo. Te pido que me des la gracia de ayudar a mis hermanos necesitados dándome sin medida; que te ponga en el primer lugar de mi vida y que aprenda a dejar las cosas que son buenas, pero me impiden llegar a Ti.

Petición

Señor, quiero acompañarte muy de cerca en este período de la Cuaresma, y ofrecerme contigo en tu sacrificio por nosotros.

Lectura de la profecía de Joel (Jl. 2, 12-18)

Ahora - oráculo del Señor convertíos a mí de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto; rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos; y convertíos al Señor vuestro Dios, un Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor que se arrepiente del

castigo. ¡Quién sabe si cambiará y se arrepentirá dejando tras de sí la bendición, ofrenda y liberación para el Señor, vuestro Dios! Tocad la trompeta en Sión, proclamad un ayuno santo, convocad a la asamblea, reunid a la gente, santificad a la comunidad, llamad a los ancianos; congregad a muchachos y niños de pecho; salga el esposo de la alcoba, la esposa del tálamo. Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, servidores del Señor, y digan: «Ten compasión de tu pueblo, Señor no entregues tu heredad al oprobio, ni a las burlas de los pueblos». ¿Por qué van a decir las gentes: «Dónde está su Dios»? Entonces se encendió el celo de Dios por su tierra y perdonó a su pueblo.

Salmo (Sal 50, 3-4. 5-6a. 12-13. 14 y 17)

Misericordia, Señor: hemos pecado.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad en tu presencia. R.

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. R.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 5, 20-6,2)

Hermanos. Actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él. Y como cooperadores suyos, os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios. Pues dice: «En el tiempo favorable te escuché, en el día de la salvación te ayudé». Pues mirad: ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 6, 1-6.16-18)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tenéis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagas limosna, no mandes tocar la trompeta ante ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles para ser honrados por la gente; en verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará. Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas que desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no

los hombres, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Audiencia general 16-02-1983 (Osservatore Romano 17-2-1983)

“Volved a mí de todo corazón” (Jl 2,12)

Este tiempo privilegiado del año litúrgico está caracterizado por el mensaje bíblico que se puede resumir, en una palabra: ... “Convertios!” La ceremonia sugestiva de la imposición de la ceniza eleva nuestro espíritu hacia la realidad eterna, hacia Dios que es el principio y el fin, el alfa y la omega de nuestra existencia. (Ap 21,6) En efecto, la conversión no es otra cosa que un retorno a Dios, valorando las realidades terrenas a la luz indefectible de la verdad divina. Es una estimación que nos empuja a ver cada vez con más claridad de conciencia que estamos aquí de paso, en medio de las vicisitudes penosas de esta tierra y nos anima a esforzarnos por instaurar el Reino de Dios dentro de nosotros mismos y para que la justicia se establezca en el mundo.

La palabra “penitencia” es también sinónimo de “conversión”. La Cuaresma nos invita a practicar el espíritu de la penitencia, no en un sentido negativo de tristeza y frustración, sino en el sentido de elevar nuestro espíritu, liberándolo del mal, deshacernos del pecado y de todas las influencias que pueden entorpecer nuestro paso hacia la plenitud de la vida. Penitencia como remedio, como reparación, como cambio de mentalidad para disponernos a la fe y a la gracia, pero que supone voluntad, esfuerzo y perseverancia. Penitencia como expresión de un compromiso libre y generoso en el seguimiento de Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Ayunar es saber renunciar a las cosas vanas, a lo superfluo, para ir a lo esencial. Ayunar no es solamente adelgazar, ayunar es ir precisamente a lo esencial, es buscar la belleza de una vida más sencilla. El desierto, finalmente, es el lugar de la soledad. También hoy, cerca de nosotros, hay tantos desiertos. Son las personas solas y abandonadas. Cuantos pobres y ancianos están cerca de nosotros y viven en silencio, sin clamor, marginados y descartados. Hablar de ellos no aumenta las audiencias. Pero el desierto nos lleva a ellos, a cuantos, forzados a callar, piden en silencio nuestra ayuda. Tantas miradas silenciosas que piden nuestra ayuda. El camino en el desierto cuaresmal es un camino de caridad hacia quien es más débil. Oración, ayuno, obras de misericordia: he aquí el camino en el desierto cuaresmal.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 26 de febrero de 2020).*

Meditación

Una pregunta que viene a la mente es, ¿cuál es el lugar de la religión cristiana en la vida de las personas? Y podemos dar dos respuestas. Una que es solo una cosa privada, se vive solo en la iglesia, no hace falta que los demás me vean y a fin de cuentas lleva a decir no importa qué Dios sigues, lo que importa es que seas bueno. La segunda respuesta que es algo público sin la cual no podemos vivir, que es misionera porque nace de una experiencia de Dios y quiere comunicar eso a los demás. El consejo de Jesús, a primera vista, estaría en el primer tipo, que la religión es algo privado. Si tú estás bien con Dios eso es lo que importa, pero claramente no vivimos como islas, hay personas en todas partes y lo que hacemos les afecta para bien o para mal. Así, el consejo de Jesús se puede ver desde la perspectiva de hacer las cosas bien para Dios en primer lugar, teniendo en mente que los demás me ven y lo que hago no es indiferente.

La oración, la limosna y el ayuno bien vividos se convierten en una llamada de atención a todo aquel que nos rodea porque le hace pensar qué significa lo que hacemos y comienza el deseo de unirse a este movimiento que tiene como fin la gloria de Dios. Dios es la persona más importante en nuestra vida y sabemos que sin Él no podemos hacer nada. Ahora que comenzamos este tiempo de cuaresma es una gran oportunidad para preguntarnos cómo es que Dios nos pide vivir este periodo en el que nos enfocamos a unirnos más a Él en la oración, a ayudar al prójimo necesitado y a hacer sacrificios en la comida, bebida y en otras muchas cosas más.

Oración final

Entrad, rindamos homenaje inclinados,
arrodillados ante Yahvé que nos creó!
Porque él es nuestro Dios, nosotros somos su pueblo,
el rebaño de sus pastos. (Sal 95,6-7)

JUEVES, 15 DE FEBRERO DE 2024

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo?

Oración introductoria

Señor Jesús, me pongo en tu presencia en este día que me has regalado. ¿Por qué eres tan bondadoso conmigo? ¿Por qué me has amado tanto?

Humildemente, te pido un corazón lleno de esperanza para que sepa esperar todo de Ti. Deseo firmemente poner únicamente en Ti

todas mis seguridades, para que solamente Tú seas la Roca que me sostenga en el camino de todos los días.

Petición

Señor, te pido me concedas la gracia de saber cargar mi cruz con paciencia, amor y alegría, convencido de que es el medio que me has concedido para amarte y santificarme.

Lectura del libro del Deuteronomio (Dt. 30, 15-20)

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Mira: hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Pues yo te mando hoy amar al Señor, tu Dios, seguir sus caminos, observar sus preceptos, mandatos y decretos, y así vivirás y crecerás y el Señor, tu Dios, te bendicirá en la tierra donde vas a entrar para poseerla. Pero, si tu corazón se aparta y no escuchas, si te dejas arrastrar y te postras ante otros dioses y les sirves, yo os declaro hoy que moriréis sin remedio; no duraréis mucho en la tierra adonde tú vas a entrar para tomarla en posesión una vez pasado el Jordán. Hoy cito como testigos contra vosotros al cielo y a la tierra. Pongo delante de ti la vida y muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida, para que viváis tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios, escuchando su voz, adhiriéndote a él, pues él es tu vida y tus muchos años en la tierra que juró dar a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob».

Salmo (Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6)

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. R.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. R.

No así los impíos, no así; serán paja que arrebatara el viento. Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 9, 22-25)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día». Entonces decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo?».

Releemos el evangelio

San Juan María Vianney (1786-1859)

presbítero, párroco de Ars

Sermón para el 9º Domingo después de Pentecostés (Sermons de Saint Jean Baptiste Marie Vianney, Curé d'Ars II, Ste Jeanne d'Arc, 1982), trad. sc@evangelizo.org

¡Qué preciosa es un alma a los ojos de Dios!

Para conocer el precio de nuestra alma, tenemos que considerar lo que Jesucristo hizo por ella. Mis hermanos, quien de nosotros podrá comprender cuanto el Buen Dios estima nuestra alma. Para hacer feliz a su criatura, ha hecho todo lo que es posible a un Dios. Para sentirse aún más llevado a amarla, la ha creado a su imagen y semejanza. Al contemplarla se contempla a sí mismo. Vemos que da a nuestra alma los nombres más tiernos y los más capaces de mostrar un amor hasta el exceso.

A nuestra alma la llama hija, hermana, bien-amada, esposa, su única, su paloma. Pero no es suficiente: el amor se muestra mejor con las acciones que con las palabras. Vean su prisa por venir del cielo, para tomar un cuerpo semejante al nuestro. Esposando nuestra naturaleza, esposó todas nuestras enfermedades, salvo el pecado. O más bien quiso encargarse de la justicia que su Padre pedía para nosotros. Vean su anonadamiento en el misterio de la Encarnación. (...) ¿No es ese, mis hermanos, un amor digno de un Dios que es el amor? Mis hermanos, así nos muestra la estima que tiene por un alma. ¿Es suficiente para hacernos comprender lo que ella vale y cuánto debemos cuidarla?

¡Ah mis hermanos! Si una vez en nuestra vida tuviéramos la felicidad de comprender la belleza y el valor de nuestra alma, estaríamos listos cómo Jesucristo para hacer todos los sacrificios para conservarla. ¡Qué bella es un alma y qué preciosa a los ojos de Dios!

¿Cómo es que hacemos poco caso y tratamos nuestra alma más duramente que a un animal?

Palabras del Santo Padre Francisco

«Gastar los talentos propios, las energías y el propio tiempo solo para cuidarse, custodiarse y realizarse a sí mismos conduce en realidad a perderse, o sea, a una experiencia triste y estéril. En cambio, vivamos para el Señor y asentemos nuestra vida sobre su amor, como hizo Jesús: podremos saborear la alegría auténtica y nuestra vida no será estéril, será fecunda.

En la celebración de la Eucaristía revivimos el misterio de la cruz; no solo recordamos, sino que cumplimos el memorial del Sacrificio redentor, en el que el Hijo de Dios se pierde completamente a Sí mismo para recibirse de nuevo en el Padre y así encontrarnos, que estábamos perdidos, junto con todas las criaturas.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2017*).

Meditación

Uno de mis profesores de la universidad, cuando estudiaba ingeniería mecánica, decía que es preferible desgastarse que oxidarse. Y es que así es la vida, como el hierro y el acero. El acero con el uso se va desgastando. Se desgasta porque lo ha dado todo, lo ha entregado todo. Se desgasta porque ha recorrido muchos kilómetros en el motor de un carro o ha girado millones de veces en el eje de una máquina. Sin embargo, el acero también puede oxidarse. Si está a la intemperie se va oxidando poco a poco por la humedad del aire. Y estos pedazos que se oxidan ya no son útiles. No pueden ya aportar nada nuevo.

El Evangelio de hoy nos pregunta si preferimos desgastarnos u oxidarnos. Desgastarse significa darlo y entregarlo todo por Cristo y por los demás. Oxidarse, en cambio, significa quedarnos sólo pensando en nosotros mismos. El Evangelio nos hace esta pregunta que nos interpela y nos toca las entrañas: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si se pierde a sí mismo o se destruye? (Lc 9, 25).* Nos está invitando a hacer un alto en el camino y a levantar la mirada a la Cruz del Señor. Nos invita a preguntarnos si todo lo que hacemos es por buscar la fama y el dinero o realmente porque queremos dar gloria a Dios con nuestra vida. Nos invita a abrazar la cruz de todos los días y a caminar tras las huellas de Cristo. Nos pregunta si me estoy buscando solo a mí o si lo estoy buscando a Él, a Cristo, quien se hace el contradicho en mi vida cotidiana.

Oración final

Feliz quien no sigue consejos de malvados
ni anda mezclado con pecadores
ni en grupos de necios toma asiento,
sino que se recrea en la ley de Yahvé,
susurrando su ley día y noche. (Sal 1,1-2)

VIERNES, 16 DE FEBRERO DE 2024

Hacer del Amor una realidad.

Oración introductoria

Dios mío, creo en Ti, aumenta mi fe. Confío en tu divina Providencia, aumenta mi confianza en Ti. Te amo, enséñame a amarte cada día más y más. Amén

Petición

Señor, dame la gracia de saber desprenderme de lo mío, para poder llenarme más de Ti.

Lectura del libro de Isaías (Is. 58, 1-9ª)

Esto dice el Señor Dios: «Grita a plena pulmón, no te contengas, alza la voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus delitos, a la casa de Jacob sus pecados. Consultan mi oráculo a diario, desean conocer mi voluntad. Como si fuera un pueblo que practica la justicia y no descuida el mandato de su Dios, me piden sentencias justas, quieren acercarse a Dios. “¿Para qué ayunar, si no haces caso; mortificarnos, si no te enteras?” En realidad, el día de ayuno hacéis vuestros negocios y apremiáis a vuestros servidores; ayunáis para querellas y litigios, y herís con furibundos puñetazos. No ayunéis de este modo, si queréis que se oiga vuestra voz en el cielo. ¿Es ése el ayuno que deseo en el día de la penitencia: inclinar la cabeza como un junco, acostarse sobre saco y ceniza, ¿A eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor? Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las corras del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora, enseguida se curarán tus heridas, ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor, y te responderá; pedirás ayuda y te dirá: “Aquí estoy”».

Salmo (Sal 50, 3-4. 5-6a. 18-19)

Un corazón quebrantado y humillado, oh, Dios, tú no lo desprecias.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia. R.

Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado, tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 9, 14-15)

En aquel tiempo, los discípulos de Juan se le acercan a Jesús, preguntándole: «Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?». Jesús les dijo: «¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán»

Releemos el evangelio

San Máximo de Turín (i-c. 420)

obispo

Sermón 28, PL 587-590; CC Sermón 35, 136-139

El origen de la Cuaresma: acompañar a los catecúmenos en su camino hacia el bautismo en Pascua.

Después de este tiempo dedicado al ayuno, el alma purificada y agotada, llega al bautismo. Repara sus fuerzas por la inmersión en las aguas del Espíritu. Todo aquello que había quedado consumido por las llamas de la enfermedad renace del rocío de la gracia del cielo. Abandonando la corrupción del hombre viejo, el neófito recobra una nueva juventud... Por un nuevo nacimiento, renace como criatura nueva, siendo el mismo que había pecado.

Elías, por un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches mereció poner fin, gracias al agua del cielo, a una sequía larga y terrible en toda la tierra (cf 1R 19,8; 18,41). Apagó la sed ardiente del suelo con una lluvia copiosa. Estos hechos se produjeron como ejemplo para nosotros, para que nosotros, después de un ayuno de cuarenta días, merezcamos la lluvia bendita del bautismo, para que el agua celestial riegue toda la tierra árida en los hermanos de todo el mundo. El bautismo como un rocío de salvación pondrá fin a la larga esterilidad del mundo pagano. En efecto, quien no ha sido bañado en la gracia del bautismo padece sequía y aridez espiritual.

Por un ayuno de idéntica duración, el santo Moisés mereció hablar con Dios, convivir con él, recibir de manos de Dios los preceptos de la Ley (Ex 24,18)... También nosotros, hermanos, ayunemos con fervor durante este período, para que...se nos abran también a nosotros los cielos y se cierren los infiernos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Dentro, él mismo ha dicho que está todo sucio, pero por fuera se hacen ver como justos, como buenos: a ellos les gusta pasear y dejarse ver bien elegantes, ostentar cuánto rezan y cuánto ayunan, cuánta limosna dan. Pero, todo es aparentar, aparentar, pero dentro del corazón no hay nada, no hay sustancia en esa vida, es una vida hipócrita: es decir, como dice la palabra, abajo está la verdad y la verdad es nada. Y por esto, es sabio el consejo de Jesús delante de esta gente: haz lo que dicen porque dicen verdad, pero no lo que hacen porque hacen lo contrario. De hecho, estos maquillan el alma, viven del maquillaje: la santidad es un maquillaje para ellos. Sin embargo, Jesús siempre nos pide ser veraces, pero veraces dentro del corazón: y si algo aparece, que aparezca esta verdad, la que está dentro del corazón.» *(Homilía de S.S. Francisco, 20 de octubre de 2017, en santa Marta).*

Meditación

A través de esta lectura sagrada, Jesús, el Dios hecho hombre, quiere que nos desapeguemos del deseo del «hacer», tan natural en la humanidad, para comenzar a desear el «estar» que tanto nos cuesta. Muchas veces pasamos cada día, cada momento, preguntándonos qué más podemos hacer por Dios, o por nuestros seres queridos. Queremos, deseamos, anhelamos desde lo más íntimo de nuestro ser el estar en acción, el hacer algo, el producir, para así poder ver el fruto de nuestro trabajo. Esta misma concepción la tenían los discípulos de Juan quienes le preguntan, en otras palabras: ¿Por qué tus discípulos no hacen algo externo como nosotros y los fariseos lo hacemos?

Es en la respuesta del Divino Maestro donde descubrimos lo que verdaderamente es prioritario en el Sagrado Corazón de Jesús, esto es el «estar». Jesús no menosprecia el hecho de ayunar, o sea el estar

haciendo, pero dice que lo más importante es el estar con el novio, con Él. Este «estar» con el Maestro ha de ir sumergido en el amor, y de este amor mutuo surge el «hacer» como respuesta de amor para con aquel que tanto amor nos tiene.

Oración final

Piedad de mí, oh, Dios, por tu bondad,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado. (Sal 51,3-4)

SÁBADO, 17 DE FEBRERO DE 2024

De enfermo a enfermero.

Oración introductoria

Señor Jesús, te pido que te hagas presente en mi vida y, de forma especial, en este momento de oración. Ayúdame a escuchar tu palabra, a interiorizar tu mensaje y a predicar tus enseñanzas con el ejemplo de mi vida cristiana, para ser así, un fiel colaborador en la extensión de tu reino. Amén.

Petición

Dios mío, dame un sincero arrepentimiento de todos mis pecados y hazme experimentar tu gracia y misericordia.

Lectura del libro de Isaías (Is. 58, 9b-14)

Esto dice el Señor: «Cuando alejes de ti la opresión, el dedo acusador y la calumnia, cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies el alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía. El Señor te guiará siempre, hartará tu alma en tierra abrasada, dará vigor a tus huesos. Serás un huerto bien regado, un manantial de aguas que no engañan. Tu gente reconstruirá las ruinas antiguas, volverás a levantar los cimientos de otros tiempos; te llamarán “reparador de brechas”, “restaurador de senderos”, para hacer habitable el país. Si detienes tus pasos el sábado, para no hacer negocios en mi día santo, y llamas al sábado “mi delicia” y lo consagras a la gloria del Señor; si lo honras, evitando viajes, dejando de hacer tus negocios y de discutir tus asuntos, entonces encontrarás tu delicia en el Señor. Te conduciré sobre las alturas del país y gozarás del patrimonio de Jacob, tu padre. Ha hablado la boca del Señor».

Salmo (Sal 85, 1-2. 3-4. 5-6)

Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad.

Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado; protege mi vida, que soy un fiel tuyo; salva, Dios mío, a tu siervo, que confía en ti. R.

Piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día; alegra el alma de tu siervo, pues levanto mi alma hacia ti, Señor. R.

Porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 5, 27-32)

En aquel tiempo, vio Jesús a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Y murmuraban los fariseos y sus escribas diciendo a los discípulos, de Jesús: «¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?». Jesús les respondió: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan».

Releemos el evangelio

San León Magno (i-c. 461)

papa y doctor de la Iglesia

Sermón 48, 2-5 (PL 54, "Lectures chrétiennes pour notre temps", Abbaye d'Orval, 1971), trad. sc@evangelizo.org

Preparemos un sacrificio de misericordia

Mis hermanos, es cierto que cualquier tiempo es bueno para traducir en actos el bien de la caridad. Sin embargo, los días que vivimos nos exhortan especialmente. Los que desean recibir la Pascua del Señor con santidad del espíritu y del cuerpo, deben esforzarse antes que nada a adquirir esta gracia de la caridad, que contiene la totalidad de las virtudes. Ella «couvre una multitud de pecados» (1 Pe 4,8).

Cercanos a celebrar el más grande de los misterios, en el que la sangre de Jesucristo ha borrado nuestras iniquidades, preparémonos primero al sacrificio de la misericordia. A los que nos han ofendido, daremos así lo que la bondad de Dios ya nos ha ofrecido. ¡Que las injurias sean arrojadas en el olvido, que las faltas ignoren los castigos,

que todas las ofensas sean liberadas del miedo a la venganza! (...) Cuando, según la enseñanza del Señor, diremos al rezar «Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido» (Mt 6,12), no tendremos dudas que obtendremos el perdón de Dios.

También debemos tener una más generosa bondad hacia los pobres y hacia los que sufren por diversas debilidades. De este modo, más voces podrán dar gracias a Dios y nuestros ayunos contribuirán al alivio de los que tienen necesidades. Ningún compromiso de los creyentes es más agradable al Señor, que el que beneficia a los pobres. Dónde Dios encuentra el afán de la misericordia, reconoce la imagen de su bondad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es imposible ser discípulo misionero solos; necesitamos de los demás para poder vivir y compartir el amor y la confianza que el Señor nos tiene. El encuentro personal con Jesús es irremplazable, pero no en solitario sino en comunidad. Es cierto que solos podemos hacer cosas grandes, sí; pero juntos podemos soñar y comprometernos con cosas inimaginables. Vavy lo ha expresado con claridad. Estamos invitados a descubrir el rostro de Jesús en el rostro de los demás: celebrando la fe en familia, creando lazos de fraternidad, participando en la vida de un grupo o movimiento y animándonos a trazar un camino común vivido en solidaridad. Así podremos aprender a descubrir y discernir los caminos que el Señor nos invita a recorrer, los horizontes que tiene para vosotros: Pero inunca aislarse o “querer estar solos”! Esa es una de las peores tentaciones que podemos tener.» *(Discurso de S.S. Francisco, 7 de septiembre de 2019).*

Meditación

Este pasaje del Evangelio está dividido en dos momentos. El primero es el encuentro de Leví con Jesucristo. Él era un publicano, un enfermo espiritual, pero su respuesta inmediata a la invitación del Señor muestra un aspecto especial de su corazón, pues, aunque vivía en las riquezas, no estaba totalmente apegado a ellas. Leví fue capaz de dejar de lado las cosas materiales, para dejarse interpelar por la voz y la mirada del Señor. Esto transformó radicalmente su vida.

Una persona que tiene una experiencia profunda de Jesucristo no vuelve a ser la misma. De esta manera se presenta el segundo momento del Evangelio; en este Leví pasa de ser enfermo a ser el enfermero que ayuda al médico a tocar las vidas de otros enfermos «Leví le ofreció en su casa un gran banquete, había un gran número de publicanos». La experiencia que Leví tuvo del amor de Jesucristo, no solo le llevo al agradecimiento sino también a la acción.

Esta es la vocación y misión a la que como cristianos estamos llamados. Primero a dejarnos interpelar por el amor de Jesucristo para, después, compartirlo con los demás, conscientes de nuestra miseria, pero también de la grandeza y misericordia del Señor.

Oración final

Presta oído, Yahvé, respóndeme,
que soy desventurado y pobre;
guarda mi vida, que yo te amo,
salva a tu siervo, confío en ti. (Sal 86,1-2)